

príncipes y soberanos, aquellas almas ilustres en cuyas manos está la suerte de los pueblos y reinos, y á las que no obstante tributa el respeto y obediencia debidos al sagrado carácter de que están revestidos; los mira, cuando se olvidan de Dios, de quien tienen el poder y la autoridad, como á aquellos reyes que levantan los niños entre sí, cuyos cetros y coronas y cuya majestad é imperio imaginarios nada tienen de real y verdadero, mas que la puerilidad de la niñez. Ved ahí cómo el espíritu de Dios y el espíritu del mundo juzgan distintamente, cómo á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso, y cómo vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece únicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Y cuando hablo de los justos, no os parezca, católicos, que hablo precisamente de los que viven entre nosotros, cuya fidelidad exterior tanto despreciais, como si fuera efecto de una capacidad corta y limitada; hablo de los justos de todos los siglos, de los mayores hombres que ha habido en la religion, de los primeros discípulos de la fe, de aquellos héroes de la gracia á quienes los mismos paganos se veian precisados á respetar, y cuya grandeza de alma, cuya elevacion y verdadera sabiduría excedió á toda la filosofía de Roma y de Atenas.

Sí, católicos, aquellos hombres tan generosos en medio de los tormentos, tan intrépidos en presencia de los tiranos, tan insensibles en la pérdida de los bienes, de los honores y de la vida, eran hombres sencillos, religiosos y fervorosos. Entre ellos el doctor y el profeta respondian á las bendiciones comunes como el mas idiota; un Pablo y un Bernabé, aquellos hombres que fueron tenidos por dioses, asistian al templo á orar, del mismo modo que el pueblo sim-

ple. Los mismos apóstoles, llenos de aquel espíritu que es el Señor de las ciencias y fuente de las luces, iban á la hora acostumbrada á adorar con todos los judíos, y entonces para hacer una vida espiritual no se necesitaba de otra fe distinta de la del pueblo.

No, católicos, cuanto mas me acerco al principio, mas sencillez hallo en el culto. En aquellos primeros tiempos, vereis una devocion tierna, fervorosa, unánime, que procuraba manifestarse con ejercicios sensibles y consolarse con estas mútuas señales de fe y de religion. Los fieles congregados ofrecian todos juntos al Señor un sacrificio de alabanzas con himnos y cánticos espirituales; celebraban con un santo fervor aquellos comunes banquetes de caridad que precedian á los santos misterios, y en los cuales con la sencillez de la fe, cada uno comia con acción de gracias; se daban el beso de paz, suspirando por aquella paz inalterable que no podian esperar del mundo, y por aquella eterna union que ha de consumir la caridad en el cielo; lavaban los piés de los que evangelizaban los bienes verdaderos, y los bañaban con sus lágrimas; atravesaban los reinos y provincias para tener el consuelo de tratar á un discípulo que hubiese visto á Jesucristo; recibian en sus casas á los hombres apostólicos como á ángeles de Dios, y los sinceros afectos de su caridad; sus familias eran iglesias domésticas, en las que los ejercicios de la religion eran las funciones mas comunes; las oraciones puras y sencillas, aunque llenas de fe, las costumbres inocentes, el instruir á los hijos en que conociesen y adorasen al Dios del cielo y de la tierra, en que esperasen en Jesucristo y le confesasen generosamente en presencia de los tiranos, el candor, la fidelidad y el temor del Señor, eran los caminos mas sublimes y lo mas superior de su piedad. Con todo eso, aquellos hom-

bres sencillos fueron los fundadores de la fe, la mayor parte de ellos testigos de la resurreccion de Jesucristo, los primeros mártires de la Iglesia, unos hombres á quienes parece que no se les habia dado el Espíritu Santo con medida, y que además de la caridad habian también recibido la plenitud de los dones milagrosos.

Los siglos siguientes nada mudaron de este espíritu; en ellos se juntaban los fieles sobre los sepulcros de los mártires, y llevaban allí con sencillez sus votos y sus ofrendas. ¿Qué respeto no tenian á los lugares teñidos con sangre, en donde aquellos generosos confesores de la fe habian consumado su sacrificio? ¿qué piadosas ansias por conservar las preciosas reliquias de sus cuerpos que se habian libertado del furor de los tiranos? ¿Pues qué diré del celo y de la piedad de nuestros padres en los siglos posteriores? ¿Qué suntuosos templos no levantó en nuestras ciudades la devocion á María Santísima? ¿qué dones y riquezas no consagraron á la majestad del culto? ¿cuántas piadosas fundaciones no dejaron para mantener la fe de los cristianos? ¿qué viajes no emprendian para ir á honrar los santos lugares y venerar los vestigios que aun permanecian de los misterios y milagros del Salvador? Puede ser que en algo se excediesen, porque mi intento no es justificarlo todo; ¿pero qué sé yo, ¡oh Dios mi! si aquellos piadosos excesos de celo y de sencillez, os honraban mas que las vanas cavilaciones de nuestro siglo? A lo menos, si habia abusos no despedazaban vuestra Iglesia como el funesto cisma que ha querido reformarlos, que con pretexto de darnos una religion mas pura, ha establecido errores en lugar de los abusos que se habian introducido, que ha trastornado el fundamento de la fe por querer quitar las superfluas decoraciones del edificio, que ha sustituido al exceso

de credulidad un espíritu de rebelion y de independenciam, que ya no conoce el yugo y que no teniendo mas regla que la vanidad de sus propias luces, ha visto multiplicarse sus desórdenes con sus discípulos, y ha producido casi tantos inventores de nuevas sectas, como ha tenido doctores de la mentira.

Pero me direis que no me canse, pues por mas que diga es ciertísimo que aun hay el dia de hoy una infinidad de gentes que abusan de todas estas exterioridades de la devocion; que este es un velo de que se sirven para ocultar con mas seguridad lo que tienen interés en que no vea el público; que hay muchas personas á quienes no quisiérais pareceros en la rectitud, en la sinceridad en la equidad, en el desinterés, en la humanidad y aun acaso tampoco en la regularidad de sus costumbres, y que con todo eso, concurren á todos los ejercicios de devocion, frecuentan los sacramentos, se imponen muchos ejercicios piadosos y asisten á casi todas las buenas obras.

A esto os respondo en una palabra que esto es lo que se debe evitar, como diré mas adelante; que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion; que el mal uso que algunos hacen de ella prueba, solamente que la corrupcion de los hombres abusa aún de las cosas mas santas, y que así, debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones mas puras y con motivos mas cristianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irrepreensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, seria caer en una ilusion mas peligrosa que la que se reprehende, y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el ejemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos.

No, católicos, no pretendo aprobar ahora lo que he de reprobar despues; pero no quisiera que el celo contra los abusos de la virtud fuese una continua sátira de la misma virtud. Quisiera que dejando á Dios el juicio de los corazones, representásemos unas exterioridades con que se le honra. ¡Ah! el mundo está ya lleno de tantos incrédulos y libertinos, hay tantos impíos que impugnan con blasfemos discursos, no solamente los piadosos ejercicios del culto exterior, sino tambien la doctrina de la fe y la verdad de nuestros mas respetables misterios, que nos conviene respetar lo que pudiera tenerse por exceso de piedad en los ejercicios exteriores de la religion, con tal que esto no sea en ofensa de la misma religion. Estas son reliquias de las costumbres antiguas y de aquella inocente sencillez que es muy conveniente el conservar. Debemos considerarlo como una especie de pública satisfaccion que da la religion de los pueblos á la grandeza de la fe contra las blasfemias de los impíos que la deshonoran, y debemos ser muy mirados en condenar los abusos, por no autorizar el libertinaje.

Es verdad que la diferencia de los respetos exteriores no distingue en la presencia de Dios á los buenos de los malos. Las vírgenes necias y las prudentes todas tenian un mismo adorno; todas llevaban en las manos unas mismas lámparas, todas iban al mismo festin; el aceite de la caridad era el que las distinguia, y este es el excelente camino que voy á manifestaros. Despues de haber explicado la utilidad de los ejercicios exteriores contra los que los desprecian, es necesario impugnar sus abusos contra los que fundan toda la piedad cristiana en estas exterioridades.

## SEGUNDA PARTE.

Lo que San Pablo decia en otro tiempo de las observancias de la ley de Moisés, lo podemos tambien decir hoy nosotros de los exteriores ejercicios de la devocion; son útiles, son santos y son justos: *Mandatum quidem bonum, sanctum, et justum.*<sup>1</sup> Pero el abuso que de ellos hacemos, muda en ocasiones de pecado lo que en el principio solamente se estableció para facilitar la salvacion. Son útiles: *Mandatum, quidem bonum;* y se hacen vanos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor, sin el cual la carne de nada sirve. Son santos: *Mandatum, quidem Sanctum;* y los convertimos en obstáculos para la salvacion, por la soberbia y vana confianza que nos inspiran. Finalmente, son justos: *Mandatum quidem justum;* y ofendemos á la justicia, porque muchas veces los preferimos á las mas esenciales obligaciones.

En primer lugar, los ejercicios exteriores de la devocion son útiles: *Mandatum quidem bonum;* y los hacemos infructuosos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor sin el cual la carne de nada sirve.

A la verdad, católicos, todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á su fin principal: cualquiera accion de piedad que no se ordena á establecer el reino de Dios dentro de nosotros, es vana; cualquiera ejercicio santo, que subsiste siempre con nuestras pasiones, que deja siempre en nuestro corazon el amor al mundo y á los culpables deleites, que no corrige nuestros reñcores, nues-

<sup>1</sup> Rom. 7. v. 12.

tras envidias, nuestra ambición, nuestros afectos, nuestra pereza, mas es burla de la virtud que virtud. En la presencia de Dios no somos mas de lo que somos por nuestro amor y por nuestras inclinaciones. El Señor quiere ser el objeto de todos nuestros deseos, el fin de nuestras acciones, el principio de todos nuestros afectos y la inclinación dominante de nuestra alma; lo que no nace de estas disposiciones, lo que no nos confirma y guía á este fin, por mas grande que parezca á la vista de los hombres, es nada delante del Señor; no es mas que un metal que suena y una campana vacía que hace ruido.

En este sentido toda la religion estriba en el corazón; el haberse Dios manifestado á los hombres, el haber formado una Iglesia visible en la tierra, el haber establecido en ella la majestad de las ceremonias, la virtud de sus sacramentos, la magnificencia de sus altares, la variedad de sus ejercicios y todo el aparato de su culto, no ha sido mas que para guiar á los hombres á las obligaciones interiores del amor y de la acción de gracias, y para formarse un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificarle en todos los siglos.

Este es el fin de todo el culto que Dios ha establecido, y de todas las ideas de su sabiduría para con los hombres. Cualquiera religion que se cifese á puras exterioridades, sin arreglar el corazón y los afectos, seria indigna del Ser Supremo, no le tributaria la principal gloria y el único respeto que él desea, y debería confundirse con aquellas vanas religiones del paganismo que inventaron los hombres, las que no mandaban á la superstición de los pueblos mas que respetos públicos y ceremonias pomposas, que no arreglaban el interior y dejaban en los corazones toda su corrupción, porque no podían curarla ni aun conocerla.

No obstante esto, católicos, podemos decir que este es el abuso mas universal y la llaga mas deplorable de la Iglesia. ¡Ah! toda la gloria de la hija del rey se halla, por decirlo así, en el exterior; jamas ha habido mayores exterioridades que al presente; nunca han sido éstas tan solemnes como ahora, nunca fueron los templos tan magníficos, tan frecuentados los Sacramentos, tan comunes los sacrificios ni tan apetecidas las obras de misericordia. Nunca ha habido tanta devoción exterior, ni acaso tampoco menos piedad, y nunca han sido mas raros los verdaderos cristianos.

Bien conoceis que no intento justificar los vanos discursos del mundo y las preocupaciones del libertinaje contra la virtud, las que ya dejo impugnadas en la primera parte de este discurso. El impío dice que bajo las exterioridades de devoción se oculta un corazón doble y corrompido, y que toda virtud es una ficción y una hipocresía; porque el impío juzga de todos los hombres por sí mismo, y no puede persuadirse que aun haya rectitud, inocencia y verdad en la tierra. Dejémosle que goce de este funesto consuelo, y que se asegure con él contra el horror que le inspira el monstruoso estado de su alma, si no se persuadiera á que en todas partes ve monstruos semejantes á él.

Hagamos mas justicia á los hombres, católicos, y juzguemos de ellos ahora por nuestro corazón: la hipocresía y el engaño no es la mayor herida de la religion; este vicio es demasiado infame y aborrecible para poder ser el vicio del mayor número de los hombres, y nos serviria de consuelo el podernos persuadir á que no habia tantos impíos como hipócritas en la tierra.

Y así, no intento impugnar hoy aquel indigno fingimiento, que se vale de los ejercicios exteriores de virtud para

ocultar sus delitos; sino al contrario, el error de la buena fe en la excesiva confianza que pone la mayor parte de las almas mundanas en estas obligaciones exteriores, y que sin hacer caso de la conversion del corazon y de la mudanza de vida, viviendo siempre en los mismos desórdenes, se hallan tranquilos en este estado, porque en él se ejercitan en algunas obras de piedad, y se lisonjean de que hacen una compensacion que afrenta á la misma piedad, y que haciéndolas perder todo el mérito de estas obras, las deja siempre la misma impenitencia y toda la enormidad de sus delitos. Esta, pues, es una ilusion generalmente recibida en el mundo.

De este modo hay algunos que socorren á los desgraciados, que se compadecen de su infidelidad, que tienen arregladas ciertas limosnas en las que nunca faltan. Cierto que no hay cosa mas digna de alabanza ni mas recomendada en los libros santos, que la misericordia; pero se persuaden á que cumpliendo con esta obligacion, cumplen con todas; y fiados en esto viven con menos escrúpulo en sus pecaminosas costumbres, en las conexiones profanas y en los odios inveterados; viven entregados al mundo y á las distracciones. ¡Ah! Dios no tiene necesidad de vuestros bienes, lo que pide es vuestro corazon; vuestro dinero perecerá con vosotros. Otros sostienen las empresas piadosas, favorecen á los justos, se declaran protectores de las casas de religion, adornan los templos y los altares; pero su ambicion siempre es sin medida y la envidia sigue royéndoles el corazon; mantienen los mismos deseos de agradar, y en la libertad de sus conversaciones nada se halla que sea mas inocente ni modesto: con adornar los templos juzgan que están dispensados de adornar sus almas, que son los templos de Dios vivo, con dones de gracia y santidad.

¡Ah! el Señor desprecia vuestras ofrendas, vuestros dones profanan sus altares, y no haceis mas que si adornárais un templo de ídolos. Algunos asisten con frecuencia á los santos misterios, no faltan por ningun acontecimiento á las fiestas, no hay solemnidad en que no se acerquen al altar para participar de las cosas santas; pero nunca vemos que se acaben sus infames pasiones, su método de vida siempre es el mismo, no por eso cumplen mejor con sus obligaciones domésticas, no se privan de diversion alguna, siguen las mismas ideas de los adornos, de la fortuna y de los placeres.

¡Ah! los que así vivís, participais de la mesa de Satanás y no de la de Jesucristo, y solo os aventajais al impío que vive separado del altar, en que profanais las cosas santas. Luego que el Señor descarga su brazo sobre nuestros hijos, sobre nuestros protectores ó sobre nuestros parientes, y que parece amenazarlos la muerte, recurrimos á las oraciones de los justos, se hacen votos á todos aquellos lugares que son célebres por los prodigios que Dios ha obrado en ellos por la intercesion de sus santos; casi no hay templo ni altar donde no se ofrezcan sacrificios para conseguir una salud tan deseada; multiplicamos las intercesiones, y no pensamos en aplacar al Señor con una mudanza de vida, que es lo que el Señor intenta cuando nos aflige. De este modo le ofrecemos víctimas extrañas y no los gemidos de un corazon contrito; no dejamos cosa que no hagamos para aplacarle, menos la mudanza de nuestras costumbres y una vida mas cristiana, que era lo único que desarmaria su ira. ¡Ah! el Señor mira con desprecio los votos que se le ofrecen por vosotros, y se irrita su bondad de que hagais que le pidan gracias para otros, reservándoos vosotros mismos el privilegio de poder ultrajarle todavía. ¿Qué mas